

separado el conjunto בַּת-בְּבֵל , y ha traducido: "Babilonia... hija mía"; se nos antoja demasiado tierna la expresión en una imprecación tan dura como la de este versículo, y preferiríamos conservar el original "hija de Babel".

Todo esto quiere decir que en una obra de este género, en la que reclaman sus derechos tanto la crítica textual como la versión, hay siempre un campo de oscilación muy amplio, dentro del cual caben opiniones muy diversas, sin que pueda fácilmente fallarse cuál de ellas debe ser preferida. Por eso nos parecería arrogancia por nuestra parte el pretender dogmatizar dando lecciones donde apenas podemos opinar; y, si hemos apuntado las observaciones anteriores, lo hemos hecho en la convicción de que con ello lográbamos dar una idea más exacta del libro a nuestros lectores, persuadidos al mismo tiempo de que las mismas observaciones, pero en sentido inverso, podría hacernos el P. Galdos si la obra la hubiéramos hecho nosotros.

J. ENCISO.

CARL-MARTIN EDSMAN: *Le baptême de feu*.—Leipzig-Uppsala, 1940, 237 págs.

Con este título sugestivo encabeza el Dr. Edsman su trabajo presentado como tesis doctoral en la Facultad Teológica de la Universidad de Uppsala y defendida el 12 de octubre de 1940.

Si el interés del tema y las palabras de Voltaire (Ces paroles: *Il baptisera par le feu, n'ont jamais été expliquées*) colocadas como lema al principio del libro, hacen concebir al lector la esperanza de encontrar en sus páginas una contribución al esclarecimiento de las palabras misteriosas del Bautista, esta esperanza cae por tierra al pasar la vista por las siete imprecisas conclusiones con que al autor da por terminado su trabajo. No ha pretendido el Dr. Edsman dar una exégesis más o menos acertada del texto. Su labor se ha limitado a bucear los rastros del bautismo de fuego en el piélago inmenso de la escatología y del culto, a tratar de "explicar el papel del bautismo de fuego en los ritos de iniciación de los primeros siglos después de Jesucristo" (pág. 200).

En vano buscaríamos en todo el libro—como no sea en alusiones circunstanciales—las interpretaciones que los Santos Padres o los comentaristas han dado de las famosas palabras del Profeta del Fuego. Edsman confiesa haber "querido limitar sus investigaciones a las fuentes cristianas de carácter popular" (pág. 200).

Aun después de leídas y releídas las 200 páginas de su libro, no llega el lector a percatarse del intento de su autor. Se le ve la marcada intención de buscar un origen extrabíblico al bautismo de fuego. De ahí que estudie preferentemente—casi exclusivamente—los escritos de sectas heréticas en las que, según él, "se han conservado mejor las ideas religiosas antiguas e indígenas" (pág. 200).

En la primera parte de su libro, que titula: "El bautismo de fuego en la escatología", considera las diversas interpretaciones escatológicas que se han dado del bautismo de fuego: Orígenes, los valentinianos, los judíos, las Apocalipsis de San Pedro y San Pablo, los escritos populares siríacos y coptos, en especial San Efrén... El autor analiza los distintos aspectos de cada fuente, pero sin llegar a conclusiones de síntesis. Cuesta ver las relaciones entre unas y otras. Y extraña mucho que,

ante los elementos dispersos de ese análisis, se nos hable en la segunda conclusión de "identidad completa entre ignis gloriosus, probatorius, purgatorius, confluatorius et infernus" (pág. 200). Más exacto sería decir que una misma idea de fuego—si es que se puede probar el origen común de la escatología del fuego—ha revestido en diversas épocas o en distintos ambientes esas variadas significaciones. Y mejor aún suponer que esas diversas interpretaciones responden a mentalidades distintas que acaso no tengan de común más que el nombre y que, por lo mismo, no pueden ser invocadas las unas para explicar a las otras, ni se deben emplear como sumandos para deducir el contenido de una idea, porque son heterogéneas. Lo contrario es exponerse a una siembra de confusionismo.

Y este es, a nuestro parecer, el defecto principal en la erudita tesis del Dr. Edsman. La interpretación de Orígenes de que el bautismo de fuego sea el paso, después de la muerte, por el río de fuego (purgatorio) necesario para entrar en el paraíso y sólo concedido a los justos que en vida se bautizaron en agua y Espíritu Santo, es para Edsman una idea de origen judío y gnóstico anterior a Orígenes, quien, al exponerla, no hace la exégesis de los textos, sino que busca en ellos confirmación de su teoría preconcebida (pág. 2). Eso que pudo pasarle a Orígenes—admitimos la posibilidad, no el hecho—pudo haberles pasado igualmente a los valentinianos, por ejemplo, cuya idea del fuego como obstáculo para los pneumáticos es, según el mismo Edsman, "una inversión de las ideas judías", y, sin embargo retienen la misma terminología.

En la segunda parte, titulada "El bautismo de fuego en el culto", pasa revista el Dr. Edsman a las manifestaciones del fuego en el culto: El fuego sagrado de Israel, el bautismo de fuego en los seleucianos y hermesianos, los fenómenos de fuego en las narraciones de los monjes de Egipto (;!) o en los bautismos de algunos mártires, el papel del fuego en la alquimia, la magia y la gnosis...

Aquí el afán del autor por encontrar analogías con el bautismo de fuego es excesivo. ¿No es demasiado buscar en las expresiones o en los hechos portentosos de los monjes todas las referencias al fuego—siquiera sean tan vulgares como el fuego del amor o del temor de Dios—para interpretarlas como expresión de la creencia en un bautismo *real* de fuego mediante el cual nace el hombre perfecto? (págs. 154-8) ¿Cómo puede imputarse seriamente a aquellos buenos monjes la "concepción de la oración como una atadura de fuego entre el cielo y la tierra" (pág. 157), porque así se lo muestre Dios en una visión? ¿Cómo de una sencilla historieta se puede deducir que "la recepción de una naturaleza ígnea, es decir, de un bautismo de fuego espiritual, sea una condición para la visión de las realidades celestes"? (pág. 158). ¿Qué tienen que ver las teofanías en forma de columnas de fuego con el bautismo de fuego, y por qué buscarles parentescos o dependencias extrañas (pág. 159), cuando es una idea tan repetida en el A. T.?

No queremos con esto negar el mérito de la obra del Dr. Edsman, que demuestra en ella un conocimiento poco común de la literatura cristiana heterodoxa en los primeros siglos después de Jesucristo. Ha reunido con verdadero alarde de erudición un importante acervo de materiales que, convenientemente colocados con arreglo a una línea bien definida, podrían ilustrar, si no el contenido, al menos la historia del concepto: bautismo de fuego, dentro, naturalmente, del reducido marco que el autor ha escogido como campo de investigación.

Pero hubiéramos deseado más concreción en el tema, que a veces se difumina;

mas firmeza en las conclusiones, que a veces quedan sin formular; más sobriedad en las analogías y cuestiones de crítica literaria; y, consiguientemente, más claridad en la exposición y más consistencia en los resultados.

SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS.

VICTORIANO LARRAÑAGA, S. J.: *La Ascensión del Señor en el Nuevo Testamento*. Vol. I, págs. 1-323; vol. II, págs. 1-314.—Madrid, Instituto "Francisco Suárez", 1943.

La obra del R. P. Larrañaga, doctor en ciencias bíblicas y profesor de Sagrada Escritura en el Colegio Máximo de Oña, es un fruto sazonado de sus pacientes investigaciones sobre todos los problemas que se refieren al misterio terminal de la vida de Jesús, a su gloriosa Ascensión a los cielos, tal como se contiene en los relatos del Nuevo Testamento. Tema de su tesis doctoral en el Instituto Bíblico de Roma hace unos doce años, lo ha seguido cultivando con cariño, y ahora, aprovechando todo lo que desde aquella fecha se ha escrito en torno a este argumento, nos presenta una obra nueva, puesta al día, de carácter muy personal, con un orden lógico muy marcado, gracias al cual puede el lector con relativa facilidad seguir a su experto guía sin extraviarse en la multitud de cuestiones y en el intrincado laberinto de opiniones que se van exponiendo en las 600 páginas de que consta la obra completa.

Ajustándose el autor a las exigencias de las publicaciones científicas, comienza por darnos una selecta y con todo rica bibliografía de 83 autores, y mayor número de obras (108), casi todas las cuales aparecen utilizadas sabiamente en el decurso del libro, amén de otras muchas que se citan en las notas abundantes que ilustran el texto; lo cual muestra que el autor está perfectamente documentado en todo lo que concierne al tema de su estudio. La amplia Introducción de 140 páginas con que inicia su obra, es un examen minucioso y una reseña fiel de todas las explicaciones que del misterio de la Ascensión han dado los acatólicos, sobre todo desde los orígenes de la escuela liberal y de la crítica racionalista en el siglo XVIII con Paulus, Reimarus y Strauss, hasta los últimos estudios de nuestros días sobre "el método de la historia de las formas" de Bertram, L. Brun, Michaelis, Friedrichsen, etc. De la exposición de estas teorías se advierte que el problema de que se trata es un problema de crítica textual, de crítica literaria y de crítica histórica (pues en nombre de todas ellas pretenden los acatólicos demoler la fe cristiana en el misterio de la Ascensión); y el P. Larrañaga lo trata a fondo en otras tantas partes en que divide su obra, siguiendo un método histórico positivo, sin renunciar, cuando lo cree oportuno, a la polémica.

En la primera parte (págs. 141-216), dedicada a la crítica textual, nos prueba que los pasajes neotestamentarios en que se afirma el hecho de la Ascensión son genuinos y pertenecen al texto primitivo e inspirado. Expone los hechos con toda objetividad, tales cuales los plantean las diversas lecciones de los códices, así del original griego como de las versiones, y las citas de los antiguos escritores eclesiásticos. No trata de ocultarse las dificultades, sino que se esfuerza por darles una explicación adecuada. Estudia con particular detención la final del Evange-